

## CULTURA



Legada de un galeón español a las islas de los Ladrones (hoy Marianas). El dibujo, de la colección de la Biblioteca Lilly, pertenece al *Códice Boxer* (en torno a 1590).

## Los navegantes derrotados por el oro de los mares del Sur

El filólogo Juan Gil recuerda en un ensayo a los aventureros de la Corona de España que surcaron el Pacífico en el siglo XVI, atraídos por la leyenda de una isla repleta de riquezas

MANUEL MORALES, Madrid  
En la estela de los viajes extraordinarios que protagonizaron Colón, Magallanes y Elcano, hubo otros navegantes, también bajo la corona española, que surcaron el sur del océano Pacífico en la segunda mitad del siglo XVI, en busca de una isla que se fantaseaba era un maná de oro. Sin embargo, sus fracasos en esta empresa los hicieron ser olvidados. Nombres como Álvaro de Mendaña, Pedro Fernández de Quirós o Diego de Prado, cuyos memoriales de aquellas travesías ha rescatado el miembro de la Real Academia Española (RAE) Juan Gil en el libro *En demanda de la isla del rey Salomón*, editado por Biblioteca Castro. Un ensayo sobre un "mito áureo que embauco tanto al vulgo como a los descubridores", escribe Gil (Madrid, 81 años), gran estudioso de Colón y de El Dorado. "Había un entramado de leyendas que venía de la antigüedad", añade por teléfono. "Según un relato medieval, los navegantes encontrarían que la arena de esa isla era oro. Además, la Biblia había recogido que Salomón construyó su templo en Jerusalén con el oro, plata y maderas preciosas de ese lugar". No obstante, la tradición también advertía de que unas gigantescas y feroces hormigas custodiaban tales riquezas.

El primer envite fue el de Álvaro de Mendaña desde el Callao (Perú), de donde partió al mando de dos navíos el 19 de noviembre de 1567, una misión que se le encomendó con solo 25 años gracias a ser sobrino del gobernador. Este aprovechó además para embarcar con su pariente a "rebeldes e indeseables de Lima", dice Gil, lo que convirtió a la marinería en carne de amotinados, que llegaron a obligar a Mendaña a regresar cuando escaseó la munición y aumentaron los enfermos. La lar-

ga travesía de vuelta fue terrible: tempestades, hambre... Por fin tocaron tierra en Colima (México), a finales de enero de 1569. "Se descubrieron islas, pero de ellas se cuenta que 'no hubo muestra de especiería, ni de oro ni plata...'", relata Gil.

### Eterno debate

Mendaña tuvo además que enfrentarse en el viaje a un malo de película, Pedro Sarmiento de Gamboa, un astrólogo que maldecía sobre el rumbo que se llevaba. "El eterno debate entre cosmógrafos y navegantes", señala Gil. "Sarmiento era un sabio y el capitán un mozalabete, por eso chocaban siempre". El relato de Mendaña, del que se conserva un manuscrito copia del original en el Archivo de Indias, en Sevilla, "ofrece una visión sesgada, en la que Sarmiento ocupa un lugar poco airoso". Al regreso, Sarmiento escribió a Felipe II para poner a caldo a Mendaña y atribuirse el mérito de las tierras descubiertas. El capitán no se arredró y viajó hasta la corte a Madrid para hablar con el rey Prudente, al que debió de convencer, ya que le otorgó títulos y dinero que le permitieron preparar su segundo viaje, que, sin embargo, no fraguó hasta 30 años después, en 1595, con el portugués Pedro Fernández de Quirós como piloto mayor.

En el interin, Mendaña sufrió las mazmorras por unos dineros no justificados y sus deseos de volver a la mar toparon con la irrupción en el Pacífico "del capitán Francisco", como llamó al pirata Francis Drake. Mendaña se casó, por conveniencia, con Isabel Barreto, hija de un rico mercader, cuya dote le permitió intensificar los preparativos, y que le acompañó en su segundo viaje. Esta vez con cuatro navíos, volvió a enfrentarse al descontento de la tripula-



Mendaña (izquierda) y Quirós, en unos grabados sin fechar. / SGA

## Isabel Barreto, capitana, gobernadora y comerciante

Isabel Barreto acompañó a su marido, Álvaro de Mendaña, en su segundo viaje en busca del oro de Salomón. Cuando este falleció en una isla del Pacífico, la dejó en el testamento como gobernadora de esas tierras y al mando de la expedición, que llegó con una nave a Cavite. En esa travesía murieron 50 personas, con la tripulación bebiendo agua llena de cucarachas. Las crónicas la describen como "despótica y de carácter indómito". En su descargo, que mantuvo a raya

culadora frialdad. Es un viaje con todos los componentes de una tragedia". Fernández de Quirós hizo su propia relación de este periplo, con un estilo más literario, "sentencioso, dado a las elipsis, antítesis y juegos de palabras". Gracias a su experiencia, Fernández de Quirós se convirtió en el siguiente buscador de las rique-

a una marinería desesperada. Atracaron, exhaustos, el 11 de febrero de 1596. Meses después, se casó en Manila con el capitán Fernando de Castro.

La pareja se embarcó de vuelta hasta Perú y porfió ante el virrey para que los derechos sobre las tierras descubiertas por Mendaña pasasen a ellos. De paso, Barreto quiso organizar un nuevo viaje para ser reconocida como la señora de las islas Salomón, pero la burocracia lo retrasó. Se cree que murió en su Galicia natal.

Gracias a su experiencia, Fernández de Quirós se convirtió en el siguiente buscador de las rique-

zas de Salomón. "Un megalómano en cuyas cartas se codeaba con Colón y Magallanes. Con gran capacidad de persuasión gracias a su labia torrencial", lo describe Gil. Así logró el beneplácito del Papa, al que visitó en Roma, para asegurarse que su viaje tenía como fin salvar almas en esas desconocidas tierras australes. Con el apoyo de Felipe III, partió el 21 de diciembre de 1605.

Como con su predecesor, el viaje estuvo marcado por los aires de motín. "Pero el que acaba desertando es él, porque se le rebelan los hombres, que están a punto de tirarlo por la borda. Al final, les da pena y lo dejan en su camarote, de donde no sale. Era un hombre que no valía para esa misión", afirma Gil. Este fracaso le valió a su regreso la reprimenda del gobernador. Mientras, una de las navíos, al mando de Diego de Prado, decide continuar con el plan inicial. Costó Nueva Guinea, "quién vio Australia" y tras pasar por las Molucas llegó a Cavite, en mayo de 1607. En las cartas a Felipe III, Prado se desquitó de la experiencia con Fernández de Quirós: "Todo lo que dice es mentira y falsedad" y terminaba con una recomendación a su majestad: "Que no gaste su hacienda con semejantes". La *Relación sumaria* de Prado incluye descripciones del graznido de las aves, de los aromas de los árboles o cómo parían las mujeres papúas, a las que se les arroja agua por cuello, pechos y espalda durante el parto porque así "no sienten tanto los dolores".

En su introducción de más de 300 páginas a estos y otros memoriales, Gil concluye que la colonización española de esas tierras fracasó por dos motivos: "La resistencia de los aborígenes", con los que se intentó la vía pacífica, pero se acababa siempre a arcabuzazos. "Había varias razas muy guerreras. Al principio les hacía gracia ver a los españoles, que les hacían regalos, pero al final querían que se marchasen y si esto no pasaba...". La otra razón fue "la falta de apoyo logístico". "Era una locura asentarse a tantas millas de Lima, de donde tenía que llegar la ayuda". El propio Fernández de Quirós calificó aquellos viajes como "la tragedia de unas islas donde faltó Salomón".